



BOLIVIA

Evo Morales: ¿continuará?



Después de diez años al frente del Estado boliviano, si hay algo en lo que pueden estar de acuerdo tanto los seguidores como los detractores de Evo Morales es que su llegada al poder ha provocado un auténtico cambio. Tras largos periodos caóticos en el marco político, la última década ha resultado relativamente estable para los estándares bolivianos.

La base del proyecto del primer presidente indígena de Bolivia fue el abanderamiento de la defensa de los intereses nacionales y la controvertida medida, adoptada al poco de tomar el mando del Ejecutivo en 2005, de revertir las privatizaciones realizadas en



la década de los 90, y, por tanto, nacionalizar las principales empresas del país. Esta política permitió al Estado controlar el gran tesoro de Bolivia, el gas (es el tercer productor de América Latina), al otorgar a la compañía Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) el control, la explotación, el almacenamiento y la distribución de los hidrocarburos.

La importancia de la actividad gasista ha sido una constante en la historia reciente de Bolivia. Precisamente los hidrocarburos fueron el centro de la conflictividad social que se originó a principios de este siglo (la denominada Guerra del Gas¹), y que catapultó la figura de Evo Morales y su partido, el Movimiento al Socialismo (MAS), en el panorama político.

¹ El plan del anterior Ejecutivo de exportar hidrocarburos a Estados Unidos a través de Chile (país con el que Bolivia mantiene una disputa histórica) desencadenó fuertes protestas y enfrentamientos con las fuerzas del orden.

Al proceso de nacionalización se unió un elemento externo que favoreció enormemente al gobierno boliviano: el aumento de los precios internacionales de las materias primas. Todo ello provocó que los ingresos procedentes de los hidrocarburos se multiplicasen por diez entre 2005-2014, hasta 6.000 mill.\$ (un tercio de la recaudación fiscal).

Sustentado en esta “lluvia de millones”, Evo Morales ha instrumentado una extensa política social con el doble objetivo de reducir la pobreza e intensificar la integración de la comunidad indígena. Mirando hacia atrás, los avances en la última década han sido incontestables: el porcentaje de la población en situación de pobreza se ha reducido a la mitad, hasta el 27%, y la clase media ha aumentado en dos millones y medio de personas (25% de la población). Además, este avance social ha impulsado otros sectores, como los servicios, que han registrado un fuerte dinamismo en los últimos años, construyéndose, en definitiva, un círculo virtuoso en la economía.

Así pues, con unos potentes vientos de cola, Bolivia ha navegado prácticamente con el piloto automático, con una economía creciendo por encima del 5%, al mismo tiempo que se ha registrado superávit en la balanza fiscal y por cuenta corriente, lo que ha conducido, además, a la consolidación de elevados volúmenes de reservas.

En este contexto, ¿qué más se puede pedir? Diez años después, gran parte de los bolivianos apoyan el proceso de nacionalización. De igual forma que tampoco resulta difícil comprender cómo Morales revalidó su mayoría en las elecciones presidenciales de 2009 y 2014.

Sin embargo, no todo han sido buenas noticias. La nacionalización de las empresas² ha erosionado enormemente el clima de negocios. Además, el discurso anti capitalista de Morales, alineado con el “eje bolivariano”, ha alimentado la desconfianza de la comunidad internacional. No obstante, cabe matizar que, a pesar de esa oratoria beligerante, Evo Morales ha ejercido, en la práctica, un cierto pragmatismo. En este sentido, el limitado impacto económico de la colaboración con Venezuela le ha otorgado a La Paz una mayor independencia en política exterior.



Asimismo, el crecimiento sustentado en las materias primas esconde una enorme fragilidad: la exposición a la volatilidad de los precios. En el caso del gas boliviano, su

² La nacionalización también afectó a los intereses de empresas españolas en el país (véase los ejemplos de Abertis-Aena, Red Eléctrica e Iberdrola).



precio está ligado a la cotización del barril de West Texas Intermediate (WTI). Esta vulnerabilidad se ha puesto de manifiesto a raíz del desplome de los precios del crudo iniciado a mediados de 2014. El frenazo de la actividad gasista ha reducido los recursos del Estado, y sus efectos se han extendido al resto de la economía. Todo ello se ha traducido en la pérdida de dinamismo, al mismo tiempo que se han evaporado los superávits gemelos. Si bien el ritmo de crecimiento estimado de Bolivia para el presente año se sitúa en torno al 3,5%, superior al de la media de la región latinoamericana, representa una importante caída respecto a 2013.

Compensar el impacto del descenso del precio del gas no se antoja sencillo. Además, hay que añadir un segundo elemento a la ecuación: el agotamiento de los pozos, que impide compensar el descenso de los precios con un aumento de la producción. La ausencia de nuevos proyectos gasistas se explica por el desplome de la inversión. Algunos estudios cifran las necesidades de capital del sector de hidrocarburos en torno a 5.000 mill.\$, lejos de los actuales niveles (inferiores a 500 mill.\$). De hecho, las estimaciones apuntan a que el actual ritmo de extracción no se podrá sostener más allá de 2019.

La desaceleración también ha tenido un coste político, como se evidenció en la pérdida de apoyo electoral en las pasadas elecciones regionales de 2015, donde los partidos de la oposición arrebataron al MAS el control de los principales centros urbanos, como La Paz y El Alto. Los problemas de Morales se multiplicaron aún más en el referéndum celebrado a principios de año, cuando la mayoría de los bolivianos votaron en contra



de extender a tres mandatos el límite establecido en la Constitución. Aunque el MAS partirá, aparentemente, como el principal partido en los próximos comicios de 2019 (favorecido por la división entre la oposición), la cuestión radica en si Evo Morales podrá concurrir a las elecciones, algo que la actual legislación impide.



Morales no ha renunciado aún a sus opciones de seguir gobernando, y ha mostrado en distintas ocasiones la posibilidad de celebrar un segundo referéndum antes de 2019.

En cualquier caso, es evidente que el Presidente se encuentra en el momento más complejo de sus diez años en el gobierno. Su continuidad dependerá, en buena parte, de la evolución del panorama económico.

Para recuperar el dinamismo, el Ejecutivo ha apostado por el diseño de un plan quinquenal (2016-2020), denominado Plan de Desarrollo Económico y Social (PDES). El mega proyecto resulta, aparentemente, razonable, dado que incluye medidas para reducir el déficit de infraestructuras, mantener el volumen de producción de gas e impulsar la diversificación de la estructura económica. Sin embargo, el coste del PDES (49.000 mill.\$, equivalente al 147% del PIB) sobrepasa enormemente la capacidad de Bolivia.

Aunque el Estado cuenta con margen de endeudamiento (la deuda pública es relativamente moderada, en torno al 45% del PIB), las dimensiones del PDES hacen necesaria la participación de capital privado para poder alcanzar los objetivos. En este punto, el proceso de nacionalización llevado a cabo la pasada década juega claramente en contra de Bolivia por la desconfianza que suscita, lo que eleva el escepticismo sobre el alcance real del PDES.



Así pues, Morales se encuentra atrapado entre la urgencia de recuperar el apoyo del electorado y la necesidad de colaborar con inversores extranjeros. Es probable que las empresas foráneas exijan a La Paz medidas que favorezcan el clima de inversión, lo que abriría interrogantes en torno al rumbo que adoptará el Ejecutivo: ¿prevalecerá el acercamiento a las empresas extranjeras a costa de alejarse de la idiosincrasia política del MAS?.

Aparentemente, no cabría esperar giros drásticos sino, más bien, tímidos cambios por parte de Morales. Sin embargo, la siguiente pregunta que surge es si dichos cambios podrían ser suficientes para acarrear un coste político entre los seguidores de Morales, de tal forma que la priorización de sostener el desarrollo económico pudiera llegar a ser contraproducente.

Evidentemente existen numerosos elementos que pueden influir en el futuro político de Morales, sin embargo; no deja de ser paradójico que su continuidad se encuentre, en cierta medida, ligada a la actividad del capital extranjero, tan denostado años atrás.

